¿Gabito?

Un hombre llamado Gabito

JOHN NARANJO

GISELA BOHÓRQUEZ

(ilustraciones)

Rey Naranjo Editores, Bogotá, 2014,

36 pp., il.

TOMEMOS CINCO o siete eventos importantes y más que conocidos de la vida de Gabriel García Márquez, ordenados cronológicamente; agreguemos el estereotipo de las mariposas amarillas y de fondo algunas ilustraciones que nos avisan que no estamos leyendo una entrada convencional de Wikipedia. Esto es *Un hombre llamado Gabito*.

Se trata del ejemplo perfecto de cuál libro no regalar a un niño para acercarse a la vida de un escritor. No lo recomendaría ni siquiera por su carácter biográfico o como libro ilustrado; pero sí recomendaría, paradójicamente, uno que la misma editorial publicó bajo el título de *Gabo*, biografía gráfica realizada bajo la curaduría del mismo John Naranjo pero con las ilustraciones de Óscar Pantoja. Se trata, tal vez, del homenaje más logrado que se ha hecho al autor en términos de ilustración y texto. Pero esto es harina de otro costal. Ahora, ¿qué sucede con *Un hombre llamado Gabito*?

El libro dice que es un homenaje a Gabriel García Márquez dirigido a los niños; este supuesto homenaje recrea los estereotipos del autor, en conjunto con las ilustraciones de Gisela Bohórquez. Dice que busca acercar a los más pequeños a la obra del escritor, cronista y periodista colombiano. Pero hay algo conflictivo en este libro, algo a lo que nos hemos ido acostumbrando sin reparo alguno. ¿Qué es? Comencemos por el título. Con la salvedad de que el español es de los pocos idiomas en los que se puede usar un diminutivo en la misma palabra sin necesidad de agregar otras, es bien conocido el uso de esta modalidad nominal a la hora de dirigirnos a los niños, y del Gabo que conocemos sus lectores nos queda más bien un diminutivo que reduce todo intento de profundizar a una mínima parte de su legado que poco nos intriga y poco nos acerca a su escritura. Si la intención era titular el libro como

sus amigos más cercanos llamaban al autor, para dar la sensación de que el hecho de leer esta biografía nos amistaría con él y crearía un ambiente de confianza para llegar a su obra, no sucede. Al terminar el libro hay una distancia y una desinformación tal sobre García Márquez, que podemos afirmar que el título fue lo menos asertivo y lo menos caluroso.

Con los datos que se eligieron para mostrar la vida del escritor y el orden en que fueron organizados, no podemos tener al final una visión siquiera panorámica o de conjunto acerca de su importancia, lo que sumado a la presunta arbitrariedad de los hechos escogidos nos deja con la duda de cuál habrá sido el criterio de selección biográfica. Por ejemplo: en el libro se habla de su gusto por dibujar cuando era niño, de lo mucho que quería a su abuelo, lo mucho que le gustaba soñar o lo mucho que le gustaba escribir (como si la profesión de escritor fuera vista como un gusto y no como un trabajo). Y no se habla, por ejemplo, de la relación que tuvo con su tierra, o las fuentes de las cuales bebió para metaforizar el país que tanto padeció y pensó; mucho menos encontramos referencias a sus años de estudiante, los autores que leyó, o la época tan violenta que vivió en Colombia y que, de hecho, fue motor de tantas de sus historias. Es más, ¿por qué no se problematizó y ahondó en un tema inaugural de su escritura, como el realismo mágico? Tema que por supuesto no aparece, pero que en realidad marcó decisivamente a toda una generación.

En conjunto no tenemos mucho que rescatar de esta biografía, pero en algunos de sus fragmentos hallamos más razones para no recomendar este libro. Por ejemplo, en el apéndice del libro encontramos la sección “Palabras para entender a Gabito”, y de entrada tenemos la definición de “apócope”, que dice así: “(...) a las personas que se llaman Gabriel se les dice Gabito. Este es un *hipocorístico*, que es la forma diminutiva, abreviada”; o la definición de “poesía”, “crónica” o “Aracataca”, algo digno de un diccionario que puede funcionar en cualquier contexto menos aquí. Este vocabulario no sirve más que para llenar la página final, y en un vago intento por ser aclaratorio termina siendo confuso. ¿Cómo

definirle la poesía a un niño a través de un libro que elimina todo intento lírico al hablar de un autor que logró la perfecta conjunción entre prosa y poesía en cada una de sus páginas? ¿Es necesario ese glosario para entender el libro?

Por otra parte, no hay narración o por lo menos el planteamiento de un solo problema que permita desarrollar el homenaje, y no hay hilo conductor alguno que lleve las ilustraciones de forma secuencial, como exige un diálogo entre imagen y palabra. Las imágenes aparecen aquí para acompañar algunos datos biográficos, desperdigados en las páginas, que nada nos dicen ni del autor ni de su obra, si bien el reto de los libros ilustrados es llegar a esa perfecta comunicación entre imagen y texto, como si de una ósmosis habláramos. Aquí solo hay alguna información mal distribuida, en la que leemos cosas como: “Sus primeros años estarían llenos de historias sobre guerras y héroes, sobre batallas y fantasmas”, o “su fama no pararía de crecer”; incluso aseveraciones del tipo “Gabito tuvo la oportunidad de viajar por todo el Caribe colombiano” o “Gabito llegó a Cartagena sin un centavo en los bolsillos, con hambre y sin trabajo. Lo único que tenía era un puñado de amigos y la firme convicción de convertirse en escritor”. (El libro no está paginado.) Con esto digo que por ninguna parte hay hechos que permitan al lector preguntarse por un contexto social, unas condiciones materiales de tiempo y lugar específicas; ni siquiera se percibe una curiosidad por otras narrativas que atravesaron la obra de Gabo, como la oralidad costeña, la música popular o su compromiso político con una ideología de izquierda, que fue motivo de más historias alrededor del autor y el continente.

En cuanto a las ilustraciones, los trazos de Bohórquez simulan una animación digital, lo que directamente hace pensar en la posibilidad de ver esta historia en algún tipo de pantalla, sobre todo en las pantallas institucionales que tienden a minimizar la experiencia y la exigencia semántica en las audiencias. La falta de trabajo en la figura humana y el poco rigor en la creación de ambiente para cada una de las páginas hacen que, cuadro por cuadro, en este libro los eventos sean

RESEÑAS		LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
<p>vacíos y respondan más al acompañamiento de una línea cronológica que a un diálogo (que es como debe suceder cuando hay textos e ilustraciones en un mismo libro).</p> <p>Incluso, hay escenas del libro en las que el personaje aparece flotando como un fantasma sobre la sucesión de los hechos; hay otra con una imagen en la que no existe plano alguno y el autor aparece levitando mientras escribe a máquina. ¿Qué nos transmite este tipo de escenas, considerando que García Márquez fue un autor que mantuvo los pies tan enraizados en su tiempo y espacio, que logró traducir los problemas sociopolíticos en metáforas de cruel belleza? Dudo que elevar como un fantasma al autor que metaforizó toda América Latina en Macondo sea un gesto afortunado para explicar a un hombre que aseguró lo siguiente:</p> <p>Los inventores de fábulas que todo lo creemos nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra. (Fragmento del discurso de aceptación del Premio Nobel, “La soledad de América Latina”, en 1982).</p> <p>¿Le hará justicia este libro? Esperemos que esta historia tenga también una segunda oportunidad para reescribirse.</p> <p>Hay un problema con la infantilización de los niños, esto es, tratarlos como si no entendieran de estructuras complejas. En los últimos años la ilustración infantil y autores del tipo Wolf Erlbruch o Maurice Sendak han trabajado desde la imaginería (que es al decir de Gaston Bachelard la forma más elaborada de la imaginación) y la complejidad para públicos infantiles e incluso han desafiado los públicos adultos sin mayor reparo. Es más, invitaría a considerar, después de la lectura de este texto, la validez de libros como los pertenecientes a la colección Antiprincesas, de la editorial Maime Mujer, cuyas biografías son trabajadas</p>	<p>con lenguajes claros que no recurren a infantilización alguna, a minimización de términos o a glosarios mediocres. Si quiere algo nacional, le recomendaría leer autores como Ivar Da Coll, Jairo Buitrago o Irene Vasco.</p> <p>Sin embargo, en cada página los eventos se presentan tan aisladamente como ocurre con la aparición del personaje: “Gabito” aparece solo en París, solo en Bogotá, solo en una sala de redacción, solo en el Caribe, solo en el Bogotazo, e incluso solo en el final de su vida. Surge entonces la duda: ¿por qué invisibilizar un contexto que hizo precisamente que la obra de este autor se leyera en todo el país bajo una misma óptica?</p> <p>Para finalizar, una pregunta suscitada por la lectura del libro: ¿cómo podríamos despertar en los niños la curiosidad por un autor sin recurrir a términos y gestos que minimicen su capacidad analítica? Por lo demás, <i>Un hombre llamado Gabito</i> es en realidad una entrada enciclopédica de autor, con un colorido fondo de presentación.</p> <p style="text-align: right;">Lina Alonso</p>	